

Biografía desautorizada de Sontag

Benjamin Moser accedió a los archivos privados para investigar la vida de la escritora. Su visión crítica de la intelectual mereció el Pulitzer este año pero desató la polémica

ANDREA AGUILAR, Madrid

Poco más de medio siglo después de publicar en 1966 su primera colección de ensayos, *Contra la interpretación*, y de convertirse en la mujer intelectual estadounidense más famosa y carismática de su generación, la figura de Susan Sontag (Nueva York, 1933-2004) volvió al centro de la polémica.

Ocurrió el otoño pasado con la publicación de *Susan Sontag. Vida y obra*, el libro en el que Benjamin Moser ofreció tras siete años de investigación y más de 570 entrevistas su discutida interpretación de aquella mujer de icónica melena negra y osado mechón blanco que supo definir la sensibilidad moderna con una apabullante solvencia argumentativa y una solidez que nunca estuvo reñida con la agilidad dialéctica. “No es ningún secreto que ella era una mujer difícil, y una figura que despertaba controversia, así que un libro sobre ella que no fuera controvertido de alguna manera, no lo veo”, apunta Moser por videoconferencia. Su obra se alzó esta primavera con el premio Pulitzer a la mejor biografía de 2019 y llega a las librerías en español el próximo 2 de septiembre en el sello Anagrama.

Efectivamente, Sontag no esquivó la polémica ni tuvo miedo de alzar la voz, por ejemplo en un legendario debate en los setenta —unos años en los que estaba cerca del poeta y disidente ruso premio Nobel Joseph Brodsky— y clamar que el comunismo era “fascismo con rostro humano”. Tampoco dudó en viajar a Vietnam en plena guerra y comprometerse con la causa pacifista. Habló de Israel y Palestina, defendiendo a los objetores que se resitían al servicio militar obligatorio; y muchos años después, casi al final de su vida, acudió al Sarajevo sitiado para alertar a la comunidad internacional de lo que allí estaba pasando y llevar un montaje de teatral de Beckett.

Moser apunta que con su libro ha tratado de acercar a Sontag a una generación que no sabe que hubo una guerra en Bosnia. “Entre su generación ella tenía grandes partidarios y detractores y todo eso lo han sacado conmigo”, explica. “En cualquier caso, que haya discusión en torno a un libro es algo de agradecer”. Sobre la crítica que le dedicó en las páginas de *The New Yorker* otra gran dama de la cultura neoyorquina, Janet Malcolm, que lleva años analizando el papel fagocitador y distorsionador de los biógrafos, Moser contesta elegante: “Lo cierto es que me interesa más lo que escribió Sontag



Susan Sontag es detenida en Nueva York en 1967 tras participar en una protesta en una oficina de reclutamiento. / FRED W. MCDARRAH (GETTY IMAGES)



Louis Malle, John Lennon, Yoko Ono, Sontag y Jeanne Moreau en Cannes, en 1971. A la derecha Susan Sontag y su hijo en Nueva York, en 1965. / LEEIMAGE / THE ESTATE OF DIANE ARBUS

VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR

que eso en lo que lleva tanto tiempo insistiendo Janet Malcolm”.

Fascinante y magnética en vida, lo cierto es que desde su muerte se ha ido llenando la balda de libros nuevos sobre la ensayista. Desde *Siempre Susan* (Errata Naturae) de Sigríd Nunez —que fue novia de su hijo David Rieff y convió con ellos unos años— hasta el libro de Jonathan Cott *Susan Sontag* (Alpha Decay), publicado el año pasado y que reúne las entrevistas de *Rolling Stone*, pasando por los diarios editados por Rieff *Renacida: Diarios tempranos 1947-1964 y La carne uncida. Diarios de madurez 1964-1980*.

“Los diarios permitían ver su vida íntima en un momento en el que las relaciones homosexuales eran delicto. Me parecía muy interesante ver qué ocurría en su vida cuando escribía y cómo su torbellino emocional a veces coincidió con su etapa más prolífica como escritora”, señala Maureen Angelos, que adaptó los diarios a una versión teatral.

¿Ha eclipsado el personaje público la obra de Sontag? “Cuando trabajé en la adaptación de los diarios hablé con mucha gente que me decía cosas del tipo ‘la conocí en el cine, en el museo o en tal restaurante chino’. Para los neoyorquinos de su época era una presencia constante en el paisaje cultural de la ciudad y su característico mechón blanco era fácil de identificar en el patio de butacas de un teatro. Sin lugar a dudas era respetada y odiada y amada y hoy ¡la anularían o cancelarían casi a diario! No sé si su personaje público era parte de su trabajo, y me pregunto si le gustaba ese papel o no. En cualquier caso ella seguía como cualquier neoyorquino con sus cosas, cargada de opiniones y dispuesta a expresarlas”.

Figura capital de los círculos culturales neoyorquinos durante más de tres décadas, Sontag escribió y diseccionó la imagen y la pose que nos separa de la realidad y nos hace preferir la foto a la persona. Moser, como “biógrafo oficial”, ha tenido acceso a todos los papeles de la escritora —aunque rápidamente aclarara, por si hubiera alguna duda, que su libro no es ninguna biografía oficial—. Había escrito con excelente acogida crítica en EE UU un libro sobre la brasi-

‘Vida y obra’ es fruto de 570 entrevistas y siete años de investigación

‘No hizo nada muy relevante por la causa homosexual’, según Moser



Uno de los primeros retratos de Sontag con su mechón blanco. / GIL GILBERT



Susan Sontag y Annie Leibovitz. / ANTONY PEATTIE

leña Clarice Lispector cuando le llegó esta oportunidad. Ahora sigue e interpreta los pasos de Sontag, huérfana de padre desde la temprana infancia. Encuentra muchas claves psicológicas en la madre alcohólica. Ahí reside según expone en el libro el origen de muchas de las relaciones complicadas que marcaron su vida.

El biógrafo señala cierta ambivalencia hacia el judaísmo, que identifica con el cambio de apellido (de Rosenblatt a Sontag de su padrastro) y a las distintas versiones que dio a sus amigos sobre si en su casa se guardaban las tradiciones hebreas. También apunta a la falta de compromiso de Sontag con la segunda ola feminista que prendió en Nueva York.

Pero quizá en lo que más incide es en su no aceptación pública de su homosexualidad. Sontag, que se casó con uno de sus profesores de la Universidad de Chicago a la semana de haberse conocido y fue madre con apenas 19 años, mantuvo a lo largo de su existencia una agitada vida sentimental con hombres (Warren Beatty y Joseph Brodsky, entre otros) y mujeres (la dramaturga cubana María Irene Fornes y la fotógrafa Annie Leibovitz) pero fue con ellas con quienes mantuvo relaciones más duraderas e importantes. “El feminismo no siempre estuvo de moda, hay que recordarlo”, apunta Moser. “Y el asunto de los derechos de los homosexuales es especialmente importante para mí. No se trata de juzgarla por haber nacido en 1933, pero sí me parece importante que no hizo nada muy relevante para la causa. Y sin embargo, simbólicamente sí, porque ella era la lesbiana con más proyección pública e inspiró a toda una generación de activistas y escritores como yo”. ¿Tiene este libro algo de la llamada postura *woke* que denosta a quienes no se comprometieron a fondo con las causas y juzga desde la óptica de hoy? “Espero que no. La idea es mantenerla viva, y a mí no me interesan los santos”, subraya Moser. “El feminismo, la raza, la sexualidad, esa batalla no ha terminado, pero parece más fácil gritar en Twitter que entrar a fondo en ello”.

Para la escritora, crítica teatral y catedrática en la facultad de periodismo de la Universidad de Columbia Alisa Solomon, la relevancia de Sontag hoy está fuera de duda. “Ante la proliferación de imágenes virales de violencia policial contra la población negra resulta muy interesante volver sobre su libro *Sobre la fotografía*. Esos videos han impulsado las protestas y han cosificado los cuerpos también. La complejidad que Sontag aportó es muy valiosa, porque ella podía contraponer las ideas contradictorias y unir las, era el anti-Twitter en su constante búsqueda de las contradicciones internas y los matices externos. Y lo mismo podría decirse de *La enfermedad como metáfora*, un texto igualmente revelador en medio de una pandemia”. Se impone pues la vuelta de Sontag.